

La Fiesta de moros y cristianos y su evolución

José Luis Puche Sánchez

En distintas ocasiones hemos manifestado nuestra concepción de las Fiestas de Moros y Cristianos. A la Fiesta hay que servirla con pasión y entrega, con hondura y no con epidérmicos amores, porque la Fiesta, nacida del pueblo, hecha por el pueblo, vuelve a éste para su goce, su deleite y su reencuentro con las más puras y entrañables esencias.

Miopes seríamos si no vieramos en nuestros Moros y Cristianos más que colores vistosos y exuberantes, músicas rítmicas, lujurante estruendo de pólvora... todas estas características, sin las cuales posiblemente, seguramente, no se concibirían los Moros y Cristianos, son características condicionantes *sine qua non*, pero no son, en definitiva, las premisas sin las cuales los Moros y Cristianos no tendrían entidad propia.

Decía el profesor D. Enrique Tierno Galván (Rev. Callosa de Segura 1984) que «por lo común suelen las Villas de las distintas comunidades asociar un patrón religioso a sus festejos, y los festejos asociados al patronazgo están siempre, o casi siempre, vinculados a acontecimientos históricos. Ocurre así que el acontecimiento histórico sirve de nexo entre lo profano y lo no profano, entre lo laico y lo eclesiástico, dando fundamento a la memoria colectiva».

Para nosotros, la Fiesta tiene que ser de acción de gracias, profunda y rendida confesión de fe. Cuando festejamos a nuestra Patrona, no hacemos más que recordar circunstancias pretéritas y agradecerle su intercesión, su ayuda, su brazo en la guerra y su abrazo en la paz. Y esta gratitud, esta demostración exterior de reconocimiento, es la razón profunda de la propia Fiesta. Una fiesta que es generosa, que es profunda, que tiene contenido y esencia; una Fiesta libre, sin encasillamientos que pudiera adocendarla y que, lejos de simbolizar la guerra —aunque pareciera a alguien un canto o exaltación de la luchas—, no es otra cosa sino un

himno solemne, un salmo perpetuo al amor y a la paz.

Hay personas que se han integrado en la Fiesta con un total desconocimiento de lo que es y representa. Más de una vez, sobre todo en boca de gente que solamente nos visita en fiestas, o residentes nuevos en Caudete, que han salido en algún desfile con trajes alquilados, hemos oído decir: «Desde este año me volveré a disfrazar y seguir bailando en los Moros y Cristianos». Estas gentes necesitan de alguien que les vaya inculcando, de una manera seria y formal, los motivos en los que se fundamentan nuestras Fiestas, lo que hay que hacer para estar presente en ella y los sacrificios que hay que realizar para ser un buen festero. La Fiesta hay que aprenderla con humildad y amarla con generosidad.

La Fiesta hay que cuidarla, hay que mimarla, hay que darle todo cuanto nos reclama en orden a una atención y a un cariño constante, manteniéndola limpia de impurezas para que no pueda mudar la faz de su auténtica personalidad y que a todos nos convida a la reflexión, al goce y a la alegría exterior.

Revista de Abenzoares.

Revista de Estudios Caudetanos

N.º 0, Septiembre 1991, pp. 34-35